

CAPÍTULO 4

Las voces de les protagonistas de la primera cohorte

Les egresades del programa de maestría y doctorado en convenio con la PUC-SP nos comparten su recuerdo, sus memorias, sus historias singulares de esta historia colectiva

Liliana Barg

En 1995 vivía en Mendoza y estaba cursando un posgrado en San Juan. Allí Margarita Rozas me comentó del inicio de la maestría en La Plata que me entusiasmó enseguida, no solo por lo profesional, sino también por una situación personal. Estaba iniciando una relación amorosa con David (mi amigo de la adolescencia) que vivía en Buenos Aires y que mejor que matar dos pájaros de un tiro: cursar la maestría y visitar a mi novio esa semana de cursado. Así lo hice y puedo decir que significó una enorme etapa de desarrollo profesional, laboral, de relaciones de amistad que perduran aún hoy a pesar de la distancia. Y desde lo personal, con David, nos casamos en Buenos Aires en 1997, vivimos allí tres años y luego, en el tremendo año 2000 con el desastre económico del país, decidimos volver a Mendoza donde compartimos 7 años más de una amorosa relación, rodeados de afectos familiares. David, tan querido y tan compañero, compartió muchos momentos de mi recorrido en la maestría, siempre a mi lado, en La Plata, en San Pablo, en la UBA, sosteniéndome para que culmine esa hermosa etapa que significó un salto enorme en mi formación profesional. Falleció en Mendoza, en julio de 2007.

Los seminarios que cursamos eran un despertar a nuevas ideas,

nos entusiasmábamos con discusiones teóricas a partir de la valiosa bibliografía y de las clases con docentes extraordinarios que nos interpelaban y convocaban a pensar y resignificar nuestras prácticas desde el pensamiento crítico. Cómo no recordar los seminarios con docentes que iluminaron nuestras ideas, entre ellos, José Paulo Netto, María Lucia Martinelli, Carmelita Yazbek, Miriam Baptista, Carlos Montaña, Dilsea Bonetti, Marta Campos que fue mi orientadora en el proceso de tesis y cerca de Margarita Rozas, amiga entrañable, a quien admiro, referente fundamental en mi vida profesional, que estaba cursando el doctorado.

También tuvimos el aporte del Programa de Posgrado de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo con la beca CAPES que nos permitió finalizar nuestro trabajo de tesis y viajar a defenderla en Brasil.

La maestría significó un salto en nuestra formación académica y en los encuentros construimos fuertes vínculos de amistad que perduran a lo largo del tiempo. Atesoro divertidas anécdotas, tantos momentos, tantos cafés, tantos almuerzos, tantas risas, con tanta gente querida: Pilar Fuentes, Susana Malacalza, Alfredo Carballeda, Violeta Correa, Raquel Castronovo, Gustavo Parra, Andrea Oliva, Felicita Elias, Silvia Fernández Soto, Silvina Cavallieri, Carina Moljo, Marta Dellaglio...

Cuando miramos nuestra historia profesional, celebro haber sido parte de esa primera cohorte. La maestría cursada en La Plata fue una oportunidad de enorme crecimiento, desandamos caminos y transitamos otros, investigando, estudiando, escribiendo, aprendiendo y enseñando, y sobre todo reflexionando críticamente sobre nuestro trabajo cotidiano.

Ha pasado mucho tiempo, pero por suerte, hay cosas como éstas que nos marcan tanto, que se recuerdan toda la vida.

(Octubre 2021).

Eduardo López

A mediados de la década de los 90 del siglo pasado, en tiempos de desmoralización política de los movimientos populares, de

cerrazón conceptual para las ciencias sociales y de disolución de utopías para el trabajo social me sentí convocado a cursar la Maestría en Trabajo Social. Incorporarme a este primer curso de posgrado significó cosas muy fuertes para mí. Por un lado, la sorpresa de un horizonte conceptual radicalmente nuevo que ofrecían las ciencias sociales, desconocido para mí en ese momento, dada mi limitada formación de grado como Asistente social y de Salud Pública y su complemento curricular. Por otro lado, volver a la academia significaba poder pensar por fuera del pensamiento único consagrado superando así la cerrazón conceptual propia de la lógica institucional del Ministerio donde trabajaba. La perspectiva crítica propuesta por la maestría me permitió reconocer la naturaleza heterónoma de las prácticas sociales instituidas y naturalizadas en el quehacer profesional, el cual se debatía entre la adscripción acrítica al paradigma hegemónico o una resistencia limitada por teorías desarrolladas en contextos históricos distantes.

El aporte del cuerpo docente de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo, Brasil me sorprendió no solo en su voluntad política de recuperar las tradiciones marxistas en un momento de tanto pensamiento único sino también por la capacidad científica de generar desarrollos para un trabajo social latinoamericano crítico. La apertura conceptual fue en muchas direcciones, no solo indagar en la perspectiva marxiana sino también reconceptualizar la teoría crítica marxista a partir de múltiples aportes de autores franceses, italianos, portugueses, ingleses y brasileños.

Las profesoras de trabajo social nos mostraron, a través de una serie de producciones significativas, un camino, una forma de trabajo académico, una mirada investigativa e interventiva con capacidad de abrir nuevos rumbos para el trabajo social latinoamericano.

Yo tuve la suerte de ser dirigido en mi trabajo de tesis de maestría, y luego en el de doctorado, por la profesora Dra. Aldaiza Sposati. Aldaiza realizó su trabajo de tesis y luego su posdoctorado con el profesor Boaventura de Sousa Santos. A través de ella pude conocer gran parte de su obra, inclusive antes de ser publicada. La orientación de Aldaiza fue un proceso fundacional para mi forma-

ción. Para un trabajador social inserto en la cotidianeidad de la gestión de la política social, fue una gran experiencia de sistematización de la práctica. El descubrimiento de los fundamentos cognitivos de las prácticas reales significó encontrarle sentido al mundo teórico. Fue un proceso tan fuerte como seductor.

Mi perspectiva de análisis, situada más por la primacía de la práctica que por prescripción epistemológica no era contestada por Aldaiza desde un universalismo abstracto influenciado por el pensamiento marxista europeo. Aldaiza supo construir entre nosotros un diálogo entre los saberes arraigados en las tradiciones nacional-populares y el pensamiento crítico de la mejor tradición europea. Considero a este diálogo teórico como un soporte epistemológico fundamental para el trabajo social, que después de casi treinta años no ha dejado de cobrar vigencia.

Gustavo Parra

Abriendo caminos, el desafío de la maestría...

La apertura de la carrera de Maestría en Trabajo Social de la Facultad de Trabajo Social (en aquel momento Escuela Superior) de la UNLP en 1995 significó, en términos colectivos y personales, un momento de relevancia fundamental. En términos colectivos fue el inicio de un período histórico importantísimo en el desarrollo académico del Trabajo Social argentino que continúa hasta el presente, superando estructuras anquilosadas y promoviendo una diversidad y debate tanto en términos de las temáticas como de los fundamentos teóricos de las mismas. Un salto cualitativo en términos de producción de conocimientos desde nuestra particularidad profesional, un nuevo posicionamiento de nuestra profesión en el concierto de las denominadas Ciencias Sociales, un desarrollo inusitado —hasta ese momento— en el campo de la investigación. En este sentido, el inicio de una etapa sustantivamente diferencial y de crecimiento del Trabajo Social argentino como así también latinoamericano.

En términos personales, iniciar los estudios de maestría significaron el comienzo de un proceso de desarrollo y profundización

académica e investigativa. Había concluido mis estudios de grado a fines de 1993 en la Universidad Nacional de Luján (UNLu) e iniciado en marzo de 1994 la carrera docente como Ayudante. En 1995 Susana Malacalza y Margarita Rozas (soporte fundamental en mi carrera académica) me hacen saber de la apertura de la Maestría en Trabajo Social en convenio con una reconocida universidad brasileña (PUC-SP). Para el mes de octubre se desarrolló el proceso de selección, que incluía una prueba escrita, un anteproyecto de tesis y una entrevista —poco común en los posgrados de nuestro país. La posibilidad de cursar una Maestría en Trabajo Social me entusiasmaba tanto para poder cubrir ciertas carencias en mi formación de grado como, fundamentalmente, aproximarme a una perspectiva crítica que no eran las predominantes en aquel momento histórico en el país.

Llegó el proceso de selección, primeros seminarios y la posibilidad de conocer y formarnos con lxs Profxs. María Lucia Martinnelli, María Carmelita Yazbek, Aldaíza Sposati —quien sería mi directora de tesis—, Myriam Veras Baptista y José Paulo Netto. Esto significó un cambio radical en mi manera de pensar, discutir y entender el Trabajo Social. La posibilidad de analizar el Trabajo Social desde una perspectiva que considere los múltiples determinantes económicos, sociales, políticos y culturales de la realidad, las contradicciones presentes en el ejercicio profesional y sus múltiples desafíos. Asimismo, conocer y compartir la cursada con otrxs profesionales de otras universidades argentinas, algunxs con una vasta trayectoria académica y otrxs —como yo— iniciando el proceso de formación, pero sin dudas enriqueciéndonos entre todxs significativamente.

En 1996, a partir de obtener una beca, continúo los estudios de la maestría en Brasil; y allí plasmo mis interrogantes, mis aprendizajes, las búsquedas y respuestas aportando al análisis de la historia del Trabajo Social en Argentina que quedó plasmado en la tesis. Crecimiento, profundización, debate, perspectiva crítica y, fundamentalmente, contribuir desde mi lugar como docente y formador en la consolidación teórica, práctica, académica, investigativa y política de la profesión en el país. ¡Ese fue el desafío!

El camino de la maestría

Paralelamente, en la universidad con la incorporación de Susana Palomas como coordinadora de la carrera, implicó un intenso trabajo en equipo, con discusiones e intercambios, además de una reorganización de las prácticas profesionales y de una visión crítica del desempeño docente.

Ya en el '96, dejo la práctica preprofesional y paso a dictar una asignatura teórica e introductoria al Trabajo Social, lo cual también se constituyó en una real posibilidad de crecimiento y enriquecimiento profesional, al mismo tiempo que intento que la universidad me otorgue una beca para estudiar en San Pablo. Después de múltiples idas y venidas y trámites burocráticos es concedida la beca y en el mes de agosto llego a São Paulo para continuar mis estudios.

A partir de entonces se produce una intensificación de mis estudios, participando de las múltiples actividades que la PUC ofrece: conferencias, seminarios, etc. Un aprendizaje mucho más continuo y sistemático del que me posibilitaban los estudios en La Plata. Y si bien, llegar a otro país y “suspender” vínculos y relaciones es un tanto dificultoso, fui recibido con muchísima atención, cariño y manos abiertas, convirtiéndose en una experiencia sumamente interesante y enriquecedora tanto a nivel académico como a nivel personal.

Si tengo que evaluar mi camino por la maestría, sin temor a equívocos, ni lugar a dudas, ha sido un crecimiento y un salto cualitativo impresionante en mis conocimientos, en el análisis de la realidad y en mi experiencia de vida.

Carina Moljo

Mi paso por la Maestría en Trabajo Social de la UNLP

Ingresé en la maestría de Trabajo Social de la UNLP en 1995, era la primera Maestría en Trabajo Social de la Argentina, y sabía que quería estudiar allí, ya que mis preocupaciones teóricas siempre tuvieron como foco la profesión de Trabajo Social, determinada por

las relaciones sociales y mediando la relación entre las dos clases fundamentales. Recuerdo que era muy joven, me había graduado en 1992, trabajaba como trabajadora social en una municipalidad cerca de Rosario, Carcarañá, era docente de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Rosario, trabajaba en la cátedra con Margarita Rozas y también en una investigación, y fue ella quien me incentivó a postularme. Fui la única de Rosario en esta maestría.

Dentro de la maestría convivían grupos bien diferentes, por lo menos dos generaciones de estudiantes, los que nos habíamos formado a poco tiempo y una generación que se había graduado antes de la dictadura militar de 1976-1983. Muchos de ellos sufrieron el exilio, la vida en la clandestinidad, la pérdida de compañeros, o trabajaron como trabajadores sociales siempre con miedo; entonces para mí fue un privilegio poder compartir el espacio de aula con personas que tanto admiraba, como Susana Malacalza, Olga Páez, Liliana Barg, entre otras personas. Con algunas de ellas tuve más contacto cuando yo vivía en San Pablo, donde fui para terminar la maestría y recibía a los colegas. Las personas que participamos de la maestría proveníamos de Rosario, Luján, Tandil, Córdoba, Mendoza y Buenos Aires, no me acuerdo si había gente de otras provincias, pero de alguna manera, además de representar dos generaciones de profesionales, estaban allí presentes las diferentes tendencias teórico políticas de ese momento, que de alguna manera permanecen hasta hoy en día: los diferentes marxismos, el estructuralismo, postestructuralismo, tendencias pos-modernas, entre otras. Los debates eran intensos, así como la convivencia, ya que los cursos duraban casi una semana de mañana y de tarde y después seguíamos en algún bar o en alguna casa. Agradezco a las personas que nos acogieron en sus casas los días que estudiábamos allí, en especial a Mariela Mendoza y Mariela Diletto. Sin su solidaridad, posiblemente no podría haber estudiado en la UNLP.

Esta maestría fue pionera, y nos dio la posibilidad de acceder a lo más avanzado que existía en América Latina sobre el Trabajo Social: la producción brasileña. Aprender con los profesores brasileños, especialmente José Paulo Netto, Carmelita Yazbek, María

Lucia Martinelli, Miriam Veras, reafirmó las convicciones teóricas y políticas que ya traía desde la graduación de Rosario, la perspectiva crítica del Trabajo Social, anclada en la Teoría Social de Marx. Agradezco a la Universidad Nacional de La Plata, a la entonces escuela, hoy Facultad de Trabajo Social por ser pionera, y permitirme acceder a una formación de posgrado con calidad académica, con rigor teórico, al mismo tiempo la posibilidad de convivir con personas que marcaron mi vida posterior.

M. Felicitas Elias

Escribo esta viñeta y recuerdo ese proceso lleno de vivencias agradables y momentos de tensión como fue la defensa de la tesis en San Pablo, Brasil.

Evoco a las y los compañeros que integramos la I° Cohorte dirigida por Margarita Rozas, desarrollada en la sede de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP).

En el año 1995, en mi caso dirigía la Carrera de Trabajo Social - UBA —gestión que inicié en 1994— con lo que los aprendizajes que realicé, transcurrían tanto en la Facultad de Ciencias Sociales, donde era profesora titular regular, y en el proceso que daba inicio con la maestría, integrando la cohorte también la colega a la que hube de ganar la elección a ese cargo. Todas experiencias en el marco del optimismo de poder hacer, poder pensar, poder reflexionar e iniciar el camino de la investigación académica asociada a mi trayectoria profesional como Perito Asistente Social del Juzgado de Menores N°1 de Lomas de Zamora (PBA).

Valoro y recuerdo al equipo docente de aquella primera cohorte. En especial a l@s doctor@s José Paulo Netto en esas jornadas agotadoras, Lucia Martinelli y su inmensa paciencia y particularmente a Myrian Veras Baptista, que además de profesora del curso, orientó mi tesis sobre tratamiento de las infancias argentinas con diversos e inciertos destinos adoptivos y también de las víctimas de apropiaciones de niñ@s hij@s de compañer@s desaparecid@s y/o asesinad@s.

Así como fue toda una aventura cursar la maestría, fueron

también aventurados los viajes a la Ciudad de La Plata (solo sobre los finales de la cursada pudimos viajar por autopista), y ni que hablar de los viajes a San Pablo (BR), para supervisar la producción de tesis, recibir orientaciones metodológicas y finalmente defenderla frente a l@s profesores Evaldo Viera, Lucia Martinelli y la mismísima Myrian.

Así como esta viñeta la identifico y caracterizo con un lugar de recuerdos, quiero destacar la amabilidad y por sobre todo la hospitalidad de la doctora Veras Baptista que me ofreció albergue en su casa, viniendo de una Argentina que transitaba el neoliberalismo encarnado en el presidente Memen. Compartí con Myrian y su familia momentos amables, costumbres gratas y mucha mucha generosidad.

Rescato que todos fueron ejercicios valiosos: compartir saberes, leer, estudiar, debatir y dar sistematicidad a mi trayectoria profesional y por qué no personal. También en la conducción de la Carrera hasta el año 1998.

En la elaboración del "Memorial" del 18.11.98, escribí: *"Al relatar y relatarme, sé que objetivo opciones por tales o cuáles caminos, hago un alto en la historia para mirar atrás, con ojos y CORAZÓN crítico-explicativos y reminiscentes. Pero a la vez sé también que fortalezco el presente para opciones futuras. No dejo de pensar que tal vez, todo esto sería más sencillo en una sociedad y en un tiempo más previsible. En una sociedad más justa y más humana."*

Opto por los recuerdos, las vivencias y los sentimientos ya que mi desarrollo intelectual, académico, profesional y político es el recorrido de mi cv.

Hoy soy profesora consulta de la UBA, sigo interrogándome, investigando y buscando en la vida societaria y en el Trabajo Social.

Y sigo dedicando mi camino a tod@s l@s niñ@s y adolescentes, hoy jóvenes, que aún hoy no saben de su identidad.

Mariano Barberena

25 años de la Maestría

Tuve la suerte de ser parte de la primera cohorte, en el difícil contexto de los años 90 del neoliberalismo, cuando estaba trabajando como trabajador social de centros de salud en Florencio Varela; fue para mi un gran aporte para poder encontrar salidas a ese contexto. En 1995 el primer seminario lo organizaron los investigadores del CEIL, Centro de Estudios e Investigaciones Laborales, profesores de la talla de Arturo Fernandez, que nos presentaba el contexto internacional; Fortunato Malimacci, Aldo Almegeiras, Irene Vasilachis, que nos brindaban los conceptos para poder comprender los efectos del neoliberalismo.

Tuvimos la experiencia de tener como docente la que era legisladora de la ciudad de San Pablo en Brasil, Aldaiza Spossati, en ese momento autora del mapa de pobreza de la ciudad de San Pablo, y también una referencia a nivel latinoamericano de la discusión exclusión-inclusión, que venía de hacer su posgrado bajo la dirección de Boaventura de Sousa Santos. También fue un hito el seminario internacional, en que pudimos contar con la presencia de Evaldo Viera, Wanderley, y José Paulo Netto donde los debates sobre los alcances del neoliberalismo que se estaban viendo en América Latina nos trajeron los pensamientos de David Harvey.

La primera cohorte tuvo entre sus estudiantes referentes de unidades académicas de todo el país: Córdoba, Mendoza, Buenos Aires, Tandil lo que permitía un muy rico debate.

Nos nutrimos de la experiencia en posgrado de la carrera de trabajo social acumulada. Particularmente me pude nutrir de María Lucia Martinelli, su capacidad de construcción institucional y también tuve de directora de tesis a Maria Lúcia Carvalho, por lo que me pude nutrir del oficio en dirección de tesis, en las tres veces que pude visitar San Pablo.

En este intercambio con Brasil, pudimos conocer la experiencias de los núcleos de investigación, y también los debates sobre la ley nacional de trabajo social de Brasil.

Pude defender mi tesis en San Pablo el 30 de octubre de 2001. La misma se titulaba “Adultos Mayores sin cobertura previsional en la Argentina: de su invisibilidad a la posibilidad de construcción como problema social”. Allí daba cuenta de los adultos mayores que habían trabajado y no se habían podido jubilar, que debían salir a hacer changas arriba de un techo porque no tenían ningún ingreso. Se pudieron jubilar luego del 2003, en el gobierno de Kirchner.

Profundamente agradecido a la que en ese momento era la Escuela Superior de Trabajo Social, a las pioneras de esta iniciativa Susana Malacalza y Margarita Rozas, a mis compañeros de esa primera promoción a quienes tengo un profundo afecto, y por formar parte de ese comienzo que hoy cumple 25 años con un rico aporte que se puede ver en las importantes temáticas tratadas en las tesis de todo este trayecto, que permitió que saberes del trabajo social encontraran un canal de expresión.

Nicolás Rivas

En la mesa de trabajo de la oficina estaba el folleto de difusión del posgrado y, luego de leerlo en diagonal, la primera respuesta mental fue que no, que iba a resultar muy difícil sostenerlo en el tiempo y que implicaría viajes y nuevos reacomodamientos, estudio sistemático, entregas y dedicación; una carrera nueva. La segunda respuesta, también interna, ya relativizaba lo anterior: trabajando en la ciudad de La Plata y con compañeros y compañeras que también ya pensaban asumir el desafío, la cursada sería posible. Y si le sumábamos la reciente condición de docente en la Carrera de Trabajo Social de la UNLP, el combo comenzaba a cerrar.

Los años neoliberales que transcurrían por aquellos tiempos tenían la incomodidad ideológica de la legitimidad democrática del menemismo y esa era una pregunta que no tenía respuestas sencillas. Gran parte del peronismo, ese movimiento que consolidó (a) la clase trabajadora argentina a mediados del siglo XX, era el que ahora estaba a la cabeza de la privatización de las empresas

públicas, el desguace del Estado, la flexibilidad y precariedad laboral, el ajuste y el endeudamiento. El llamado “grupos de los 8” conformado por diputados peronistas críticos al menemismo, el nacimiento de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA), la corriente de la CGT denominada Movimiento de los Trabajadores Argentinos (MTA) fueron algunos refugios de militancia que contribuyeron a resistir la embestida liberal y a cargar de sentido parte de la vida cotidiana.

Al mismo tiempo, la naturaleza interventiva del Trabajo Social me ubicó, en aquellos momentos (y al igual que ahora, aunque en campos diferentes) en desafíos laborales que atravesados por análisis teóricos cobraban otro vuelo. Y la Maestría en Trabajo Social de la UNLP en convenio con la PUC de San Pablo se convirtió para mí en un espacio privilegiado, donde era posible poner en movimiento análisis, contradicciones, horizontes. Pero sería acotado proyectar lo recién dicho en materias y profesores de la maestría.

Los otros profesores, los que fueron mis docentes y/o referentes siendo estudiante de grado, estaban allí y ahora éramos compañeros de banco; a veces los del fondo, los que hablaban de más y retrucaban en murmullos, otras veces adelante y escuchando de modo atento. “Recreos” cargados de discusiones, regresos a Buenos Aires con extensas charlas con Margarita Rozas y la lectura y escucha de autores desconocidos portaban sensaciones de algo nuevo que estaba descubriendo. Esa mixtura de procedencias me impactó de modo singular y el tiempo transcurrido lo puso en evidencia: la política universitaria y la docencia se consolidaron como vocación y aquellos vínculos, con luces y sombras, fueron pilares que contribuyeron a consolidar identidad.

A riesgo de ser injusto y dejar afuera a otras personas, aprovecho para destacar la generosidad de Alfredo Carballada y los mutuos acompañamientos con Eduardo López y Mariano Barberena.

Raquel Castronovo

A los 25 años de la Maestría en Trabajo Social de la UNLP

Los diferentes momentos de la vida muestran generalmente un rasgo dominante. Por lo menos en la mía. Tuve épocas de más pensar y menos hacer. Tuve épocas dedicadas al sentir, donde pensar y hacer estaban como en un segundo plano. Algunos tiempos estuvieron marcados por el hacer, hacer, hacer llevada por la pasión y ahogando la razón.

El tiempo de la maestría fue un tiempo turbulento y raro. Intenso. Desafiante y agotador.

La pasión luchaba a brazo partido con el pensar y el hacer. Por fin estaba abocada a meterme hasta las profundidades en los temas con los que me batía a duelo conmigo misma desde hacía tiempo. Había elegido una profesión que me daba identidad, me enamoraba pero también me desafiaba a cambiar cosas, me daba insatisfacción y pena, orgullo y un poco de vergüenza.

Fue un tiempo de gran sacrificio, en el que criar a dos hijos preadolescentes, pelearme con los albañiles que estaban haciendo una reforma en mi casa, juntar los pesos para llegar a fin de mes, dar clase, tener un cargo de gestión en mi facultad y además leer, cursar en La Plata, hacer trabajos escritos para las materias debía entrar todo en días de 24 horas.

Sin embargo, en este mar de dificultades, la pasión por lo que discutíamos, lo que leía, lo que los profesores aportaban, en sus clases, en los almuerzos, en charlas de pasillo, me mantenía a flote, me nutría y me daba fuerzas.

Mirando a la distancia, a través de los años, me admira la fuerza que le puse. Pero también me llena la certeza de que no hubiera sido yo, como soy, de no haber estado ahí. De no estar plenamente convencida de que ahí era donde tenía que estar.

Algunos párrafos, algunas frases, algunos gestos de José Pablo, de Carmelita, María Lucía y de otros profesores me acompañan y suelo repetirlos a mis alumnos, a los tesisistas, a los compañeros de cátedra como si fueran mías. Me las apropié, porque me iluminaron.

Un día Carmelita, que fue mi directora de tesis, me dijo que no era posible hacer una tesis sin estar apasionada por el tema. Ese día descubrí que había pasión en mí por el trabajo social. Tal vez, no por *el que* hacíamos sino por *el que* —críticamente— podíamos llegar a hacer.

También descubrí distintas visiones sobre el Trabajo Social que tenían mis compañeras y compañeros y en la confrontación y el debate afirmé mi propia mirada, la fui redondeando, amasando y terminando de comprender.

Y en esas jornadas compartidas supe de la diferencia entre el afecto y la amistad que se sellan al compartir una experiencia como esta con las afinidades y coincidencias intelectuales.

La experiencia en San Pablo, compartir las aulas pero también la cerveza con pào de queijo en la calle, los días para defender la tesis, los rituales y costumbres que no conocía son imborrables y agradezco haberlos podido vivir. Gracias, de corazón, a los que hicieron esto posible.

Silvia Fernández Soto

Que alegría celebrar colectivamente un hecho histórico del Trabajo Social argentino y latinoamericano. Sin dudas la creación de la Maestría de Trabajo Social en la UNLP, marca un hito en los procesos de formación en las universidades argentinas, propiciando un encuentro plural, regional que inaugura un momento de revitalización de la crítica, de recuperación de la historia, de interpelación de la comprensión del presente y de implicación profunda con las búsquedas colectivas de cambios y transformaciones de nuestra sociedad.

Muchos de nosotros estábamos recién recibidos, empezando la formación de posgrado, con profundos deseos de continuar el proceso formativo, de poner en cuestión perspectivas simplificadas o tecnocráticas en un contexto complejo, de vivencias de desmontes de derechos y de reafirmación del neoliberalismo con el gobierno de Menem en Argentina, y al mismo tiempo de resistencias populares que expresaban desde múltiples experiencias

impugnaciones al programa neoliberal.

La propuesta de la maestría era no solo tener la posibilidad de aprender con maestros/as del Trabajo Social latinoamericano, sino también de encontrarnos desde diversas universidades argentinas. José Paulo Netto, Carmelita Yazbek. Aldaiza Sposati. Lucia Martinelli. Carlos Nelson Coutinho, Evaldo Vieira. Dilsea Bonetti. Maria Lúcia Carvalho da Silva; entre otras personas valiosas, compartieron en espacios diversos, conocimientos, generosidades, afectos, compañerismos, interrogantes, experiencias militantes, luchas históricas en la profesión y en nuestras sociedades, horizontes de otras sociabilidades. Enseñanzas colectivas en procesos vivos.

Mirar y debatir en el trabajo social argentino. ¡Y así fue, cada seminario implicaba el viaje en micro a la Plata, instalarnos una semana y estar activas al cien por ciento, en las clases y continuar los debates, reflexiones, lecturas, críticas afuera de las aulas, en el almuerzo, en los cafés, en las plazas, en librerías, en las casas de los compañeres platenses que nos alojaban! Constituyó una vivencia activa y profunda de defensa de la universidad pública con compañeres latinoamericanos, en un ejercicio permanente de memoria, de reinventar día a día las rupturas con el conservadurismo. El espacio físico de la carrera de Trabajo Social de la UNLP nos recibía desde diferentes lugares del país, nos mostraba las huellas de un pasado escrito a sangre y fuego. Susana Malacalza, Susana Cazzaniga, Margarita Rozas, María Alesandro, mujeres valientes, lúcidas, creativas, luchadoras. El territorio de la “escuela” de Trabajo Social nos enseñaba desde los diferentes “claustros” los procesos de re-significación material y simbólicamente de los lugares, las construcciones permanentes de aulas, de lugares de encuentros, de espacios de expresión, de prácticas de hacer memoria, y de construir lo público, lo común, entrelazando luchas, resistencias, problematizaciones, repensando el trabajo social y los sentidos históricos sociales situados. Sin dudas el proyecto de la maestría implicaba un ejercicio de elaboración de preguntas, de construcción de la crítica, que permitan comprender y cambiar la realidad. Resignificando a la luz de la experiencia práctica de las luchas populares y de los procesos históricos de la sociedad

capitalista contemporánea los aportes de la teoría crítica. Superando y cuestionando conformismos academicistas imbuidos del neoconservadurismo, de la hiper-fragmentación e hiper-especialización posmoderna. Cómo construir nuestros objetos desde una perspectiva de totalidad histórica. Cómo superar las miradas estáticas, superficiales, a-históricas. Cómo ser creativos y rigurosos. Cómo aportar desde el conocimiento construido a conocer la realidad. La propuesta de la maestría nos ha permitido inscribir el Trabajo Social en la división social y técnica del trabajo de la sociedad contemporánea, aportando en la producción académico-profesional, comprendiendo la dialéctica de los límites, pero también las posibilidades y las autonomías relativas. Ha permitido fortalecer las propuestas de formación de diversas universidades nacionales, en cooperación con la PUC-SP. Ha permitido desplegar múltiples estrategias que en conjunto han contribuido al fortalecimiento del estatuto académico del Trabajo Social.

Susana Malacalza

Mis recuerdos de la primera cohorte de la maestría PUC-ESTS-UNLP son una mezcla de seriedad del conocimiento, muchas veces nuevos y el rico debate que eso producía con la complicidad alegre de quienes compartimos esa experiencia por fuera del espacio áulico. Profesores y profesoras de distintas unidades académicas del Trabajo Social argentino con excelentes profesores y profesoras de Brasil juntos en una osada, solidaria y espléndida experiencia académica.

Esfuerzo intelectual y económico, seriedad y alegría dieron su fruto.

Violeta Adela Correa

Revisando y recordando mi paso por la Maestría en Servicio Social de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo, Brasil y la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de La Plata, Argentina.

Fui parte de la primera promoción que realizó este posgrado.

Pasaron más de veinte años de haberse iniciado el proyecto académico, que aún se encuentra vigente, y que ha permitido la formación de un número significativo de profesionales del trabajo social.

Podría escribir algunas páginas relacionadas con mi experiencia personal, profesional, y académica, pero quizás resulte necesario volver al momento de mi ingreso a la maestría, pensando en las expectativas y las respuestas que encontré, que orientaron o fortalecieron mi quehacer, especialmente el que tenía y tuve en el mundo académico.

Ingresé al proyecto de la maestría en el momento en que ya ejercía la docencia en la formación de trabajadores sociales en dos universidades, la carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y la carrera de Trabajo Social del Departamento de Políticas Públicas de la Universidad Nacional de Lanús. La motivación y expectativa de una formación de posgrado en aquel momento, fue el de acceder a un ámbito que me permitiera repensar la orientación, filosofía y encuadre social y político de una formación que, en Argentina, se encontraba ubicada en un espacio de subalternidad, en las ciencias sociales.

El interés que motivó mi incorporación al proyecto fue abordado en demasía, con la contribución de docentes destacados de la Pontificia Universidad de San Pablo, como Carmelita Yazcbek, María Lucía Martinelli, José Paulo Netto entre otros, quienes se especializaron desde una perspectiva crítica, en comprender y problematizar el ejercicio profesional en la Argentina con el aporte de sus experiencias en el mundo académico de Brasil. La excelente coordinación desde la Universidad de la Plata de la doctora Margarita Rozas, fue fundamental para definir y especificar los objetivos y los logros de la formación. En lo personal, la maestría me permitió incorporarme a otros proyectos de posgrado, dirigir trabajos de investigación y participar de las áreas de fortalecimiento académico de la formación.

Claudia Belzitti

Me llamaron para que escriba algo porque integro la primera cohorte de alumnos que cursaron la Maestría en Servicio Social entre la UNLP y la PUC San Pablo. Por ese entonces recién se masificaba el uso del celular, el uso de las TICs para las cuestiones pedagógicas no tenían el despliegue actual... con lo cual habla de nuestra edad... o madurez, según como se lo quiera entender.

¿Qué me ha enseñado la cursada de estudios de posgrado? Me permitió estudiar algunas teorías, fundamentalmente dialogar con los autores y a partir de esos diálogos volver a la función docente universitaria repensando los programas de las materias, los conceptos para incorporar, reevaluando la actividad docente para su mejora continua.

Asimismo, el tema de estudio tenía que ver con mi trabajo disciplinar en el campo de la salud, donde me vengo desempeñando hace más de 32 años. Elegí un padecimiento con innumerables relaciones con lo social, con las desigualdades y con el campo de las políticas sociosanitarias: el SIDA. Recién salían a la luz los primeros esquemas retrovirales y los tratamientos, incluido los protocolos para embarazadas.

Aún sigo trabajando en el campo de la salud, en una institución hospitalaria del orden nacional que me enorgullece y que me encuentra escribiendo estas líneas saliendo, al menos por ahora, del COVID-19. Tantas muertes, tantas vidas, tanta incertidumbre para construir intervenciones en sinergia con las intervenciones de otras disciplinas.

Cursar esa maestría me introdujo en el mundo del estudio de posgrado. Entiendo que estudiar en este nivel me permite construir, como dice Ana María Fernández, mi “caja de herramientas” donde almaceno conceptos y autores que me permiten entender y analizar la realidad social. Escuchar a los docentes hablar de autores y conceptos resulta placentero, y recrea nuevas formas de sensibilidad social.

Me tocó viajar tres veces a San Pablo para encontrarme con mi tutora Regina Marsiglia, que con tanta paciencia y tan amable-

mente me escuchaba y orientaba. recuerdo el examen grupal de inglés que hicimos con el Mg. Mariano Barberena, el Mg Nicolás Rivas, el Dr. Eduardo López, el Dr. Alfredo Carballeda, entrañables compañeros.

En definitiva, esa maestría me permitió entender que es necesario estudiar para construir mi propia caja de herramientas, para el ejercicio profesional y para la actividad docente. Aprender que el conocimiento científico es una manera de mirar el mundo, abriendo a otras disciplinas, construyendo nuevas miradas epistemológicas.

Gracias por la invitación al recuerdo.

Alfredo Juan Manuel Carballeda

Relato de una experiencia. La Maestría en Trabajo Social. En la Escuela de Trabajo Social de la UNLP.

En mi caso, fue mi segunda experiencia de post grado ya que me encontraba haciendo la Maestría en Ciencias Sociales de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

Tal vez, uno de los temas más interesantes era la posibilidad de focalizar una serie de temas y autores de mi interés en diálogo con mi disciplina (el Trabajo Social), circunstancia y operación que debía hacer casi individualmente mientras cursaba en la FLACSO.

De todas maneras, esas circunstancias estimo que me fueron útiles también como una buena complementación y distribución de una serie de temas que venía estudiando y organizando a través del trabajo como profesor en la cátedra de Trabajo Social I.

Las cursadas eran intensivas, ricas, con mucho intercambio. Como así también muy interesantes las actividades que realizaba en Brasil a partir de la guía de mi directora de tesis (Myrian Veras Baptista).

Recuerdo debates muy atrayentes a nivel grupal o con los profesores, especialmente a partir de diferentes marcos teóricos y políticos que todos teníamos. Los mismos, traspasaban el aula y seguían en pasillos, mesas de café y viajes en auto a Buenos Aires.

Recuerdo que mi formación orientada hacia el posestructuralismo, los textos de Michel Foucault y los aportes de pensadores argentinos como Alcira Argumedo, José María Rosa o Arturo Jauretche entre otros, solían generar controversias, y a veces muy interesantes y fogosas discusiones.

Creo que esas circunstancias fueron un plus que enriqueció aún más la formación que se nos brindaba con profesores mayoritariamente brasileños que, en mi opinión, también pudieron profundizar su conocimiento acerca del desarrollo de las ciencias sociales, la historia y la política de la Argentina, y estimo que ese intercambio también fue útil para ellos.

En mi caso complementaba la bibliografía que nos brindaban generosamente con otros materiales más relacionados con mis autores y temas de interés.

En las actividades que desarrollaba en San Pablo aprovechaba para conocer otras experiencias y desarrollos vinculados con el Trabajo Social brasileño y su singularidad tanto histórica como contemporánea. Recurría a la biblioteca de la Universidad y era un asiduo cliente de la librería de la Editorial Cortés de ese país.

Pude desarrollar mi tesis sin muchas dificultades, entregando rápidamente las monografías que nos pedían luego de cada seminario.

De esa forma desarrollé prontamente mi tesis que pude defender en San Pablo. Todo en un clima de gran amabilidad, voluntad y apoyo por parte de los profesores de la Pontificia Universidad Católica de San Pablo, especialmente por parte de mi directora de tesis.

Como primera cohorte desarrollamos un interesante nivel de cohesión e integración grupal donde lo solidario primaba ante cualquier circunstancia. Tuve la suerte de vivir esa experiencia, enriquecerme intelectualmente desde allí y entre otras cosas lograr la publicación a través de la Universidad Nacional de La Plata y luego por Espacio Editorial de mi tesis de maestría. En definitiva, retrospectivamente es posible ver la intensidad de esa primera cohorte.

Marta Dell'aglio

De los 25 años

Es mucho tiempo y parece ayer. Recuerdo que para ingresar había que presentar un proyecto de investigación. El mío fue “El Trabajador Social Perito de Oficio”. Fueron ocho seminarios y un examen de idioma (portugués), lo que habilitaba para la defensa final.

Los encuentros se realizaban en La Plata (UNLP), con una duración aproximada de quince días cada seminario. Recuerdo el primer día: nos fuimos presentando mientras esperábamos entrar al aula y el comentario era: “¿En qué lugar entraste: primero, segundo...?”. Yo estaba en el último y una compañera y amiga, Liliana Barg, me dijo: “Bueno, yo estoy dos arriba tuyo”. Una genia. Una mente clara, lúcida, muy inteligente. Debo decir que yo iba con bajo perfil y cada seminario tomaba nota y a la vez traducía los textos para no perder tiempo. Tenía miedito de quedar afuera.

Para hablar de los docentes digo que eran de un nivel intelectual ejemplar pero sobre todo, generosos al dar sus conocimientos, no se quedaban con algo para estar por encima nuestro. Y me vienen tres nombres: Paulo Netto, María Lucia Martinelli y Myrian Veras Baptistas.

A medida que transcurrían los encuentros los proyectos se iban modificando. El mío quedó como empezó y mi asombro fue mayor cuando Myriam V. Baptista me dijo “Yo quiero ser su tutora”. Para decirlo en castellano puro, volqué de emoción, no lo podía creer. Todos me decían “Marta voce tem que leer Foucault”; y eso hice.

De los compañeros, ¿qué decir? ¡¡¡fueron lo más!!! Geniales, te imaginas todo el día ahí, compartíamos risas, cuentos, discusiones, y así hicimos amistades y de las otras... No enemigos, pero tampoco amigos, porque para mí, solo para mí, estos, muy pocos, entraban en la categoría de “los bien egoístas”.

Bueno, y por último, el asombro fue mayor para mí cuando se dieron cinco becas y una fue para mí. Recuerdo que cuando nos juntaron a todos para informarnos, Ma. Lucia tuvo que explicar porque estaba yo. Si, el bajo perfil estaba allí. Y por último la

defensa final, donde Myrian, mi tutora, me dijo, “Marta, sobre esto no hay nada escrito, usted tiene que hacer un libro” y así en el 2004 salió el libro: “La Práctica del Perito Trabajador Social: una propuesta metodológica de intervención social”

Andrea Oliva

La creación de la Maestría en Trabajo Social en UNLP considero que se ubica en el camino de las luchas y logros del colectivo de docentes, estudiantes y graduados. Cabe señalar que a inicios de la década de 1980 hubo luchas en un amplio movimiento contra la dictadura y por la democratización de las universidades pos dictadura; se reclamó derogar aranceles, la reapertura de carreras, la titulación de licenciatura, la ley de ejercicio profesional, entre otros.

En 1984 la UNICEN crea la licenciatura en Trabajo Social, con 5 años de duración. Formamos parte de la primera promoción nueve estudiantes que nos graduamos con ese título entre 1987 y 1988. En esos años Susana Malacalza era directora de la carrera de Trabajo Social en la UNICEN y representante de ALAETS. En Tandil se realizaron actividades con el CELATS y conocimos la experiencia de la Maestría Latinoamericana de Trabajo Social. Desde 1987, con una nueva perspectiva teórico-metodológica pensábamos el cambio del plan de estudio de grado con continuidad en el posgrado. Iniciamos debates para crear una Maestría en Trabajo Social en Tandil. El cambio del plan de estudios fue una lucha de años, atravesamos amenazas de cierre de la carrera y persecuciones, logrando su aprobación en 1991, pero en un contexto adverso no pudo concretarse la iniciativa de la maestría.

Desde UNICEN la creación de la maestría en UNLP la vivimos como parte de las luchas que veníamos dando, un logro en momentos de Reforma del Estado, la Ley de educación superior, privatizaciones, instalación del trabajo precario...

La primera actividad de la que participé fue en 1995, realizada luego de la firma del convenio UNLP/PUC-SP, donde conocí a las profesoras María Lucia Martinelli y Myrian Veras Baptista. Ellas

coordinaron una mesa redonda cuya síntesis se publicó en la Revista Serviço Social e Sociedade. Aquel primer grupo expresó temas, preocupaciones y luchas que atravesaban el momento. En particular, me referí al presupuesto universitario, salarios docentes, la crítica al arancelamiento de los posgrados y la reivindicación de la gratuidad.

Cursar la maestría me permitió comprender las líneas de continuidad entre los 60 y los 90, aportando bibliografía, debates de los marxismos y otras corrientes. Cada seminario se potenciaba en el intercambio entre profesionales y docentes de distintas universidades con posicionamientos diversos.

Por causas y/o azares me asignaron de directora a Dilsea Bonetti, a quien siempre estaré agradecida por su acompañamiento y solidaridad durante años en todo el trayecto de posgrado.

Tener de profesor a José Paulo Netto sin duda fue un momento de inflexión. Valoro su gran aporte como docente, en la aproximación al método inspirado en Marx y en el rumbo de la investigación. Luego, residiendo en San Pablo como estudiante de la PUC-SP, pude ampliar en el Núcleo de profundización marxista (NEAM). Destaco además el aporte de María Carmelita Yazbek y de María Beatriz Abramides, el apoyo entre estudiantes, así como las becas de UNICEN y de CAPES que me permitieron finalizar en Brasil la maestría en 2001 y el doctorado en 2005.

María Silvina Cavalleri

Transitar la cursada de la Maestría en Trabajo Social, iniciada allá por el año 95, es un recuerdo imborrable en términos personales y una oportunidad muy significativa para la profesión por lo que representó, en tanto posibilidad de iniciar la formación de Posgrado en Trabajo Social en nuestro país.

Había concluido los estudios de grado en la Carrera de Licenciatura en Trabajo Social de la UNICEN (Tandil) y la posibilidad de continuar formándome, profundizar en el conocimiento de perspectivas teórico-metodológicas, leer, encontrarme e intercambiar con otros, nuevas preguntas, nuevas búsquedas... ¡un camino

apasionante! En el grado habíamos leído a algunos autores que ofrecían análisis sobre la profesión que propiciaban lecturas desde perspectivas teóricas, metodológicas y horizontes políticos para el Trabajo Social que tensionaban fuertemente con ciertas tendencias tecnicistas en boga en la época. Cursar la maestría sería la posibilidad de ahondar en el conocimiento de la perspectiva histórico-dialéctica y en relación a ésta repensar nuestra profesión y nuestras sociedades azotadas por políticas neoliberales; también nuestras universidades públicas se vieron envueltas en múltiples transformaciones con impronta neoliberal.

En términos personales supuso —en sus inicios— una cierta suspensión de la vida cotidiana, trasladarme desde Tandil en micro y estar —para cada cursada— una semana en La Plata donde las clases en el Aula Magna de la entonces ESTS, los almuerzos en largas mesas de docentes y estudiantes/colegas en bares cercanos a la Escuela, los cafés luego de clase, eran todas oportunidades de intercambio y aprendizaje, al mismo tiempo que conocer las realidades de otros espacios de trabajo.

Recuerdo las clases como momentos diversos, los profesores exponiendo, atrapando nuestra atención (y nuestro esfuerzo — mutuo, diría—, para comunicarnos con un *portuñol* que fuimos aprendiendo y poniendo en práctica cada vez que fue preciso), trabajos en pequeños grupos y grandes rondas de discusión que me atrevería a decir ocupaban casi toda el Aula Magna. Hoy en día hay palabras e ideas que se plantearon en esos espacios que suelo recuperar y compartir con los estudiantes con quienes trabajo.

No quisiera dejar de decir que el recorrido por la maestría fue la posibilidad de estrechar lazos con otros colegas con quienes nos seguimos cruzando a lo largo del tiempo en el camino de la profesión y ésta, una oportunidad para poner en palabras algunos momentos significativos y el reconocimiento para cada uno de mis compañeros y docentes. Especialmente agradecer a Susana Malacalza, una Maestra que promovió la pregunta como motor del conocimiento en cada encuentro —desde el inicio de la carrera de grado— e impulsó el interés por la formación, y a María Lucía Martinelli quien me acompañó, orientó y alentó en la escritura de la tesis.

Olga Paez

Un tríptico con solapa roja llegó a mis manos en 1995 con la invitación para participar del Programa de Postgrado Maestría – Doctorado; conocía de nombre a varios de los profesores ya que había trabajado con sus textos en mi cátedra. Me dije entonces: ¡lo quiero hacer!

Estaba todavía a tiempo, porque la inscripción era hasta el 30 de junio y tenía ciertas

facilidades porque Alicia, la hermana más chica de mi marido vivía en Gonnet; me facilitaría la estadía.

En septiembre hicimos el seminario de selección y en octubre comenzamos con las clases. En ese momento éramos solo dos las estudiantes que teníamos maestría y nos inscribimos para el doctorado.

No conocía a ninguno de los compañeros estudiantes que cursaban el postgrado y era la única de la Universidad Nacional de Córdoba, pero enseguida nos integramos.

Las semanas completas de cursado fueron un deleite total, con los profesores que venían de Brasil y el encuentro frecuente con los compañeros, no solo para comentar el andamio del curso sino también para agradables encuentros sociales.

En fin, demoré, pero finalmente presenté mi tesis y la defendí en Sao Paulo, siendo que la mayoría de los integrantes del Jurado eran mis referentes teóricos. Inclusive uno de ellos era una querida compañera de estudios.

¡Gracias a todos los organizadores!